

RASGUÑOS

LaViscera

Año 06

Núm. 38

Junio 2026



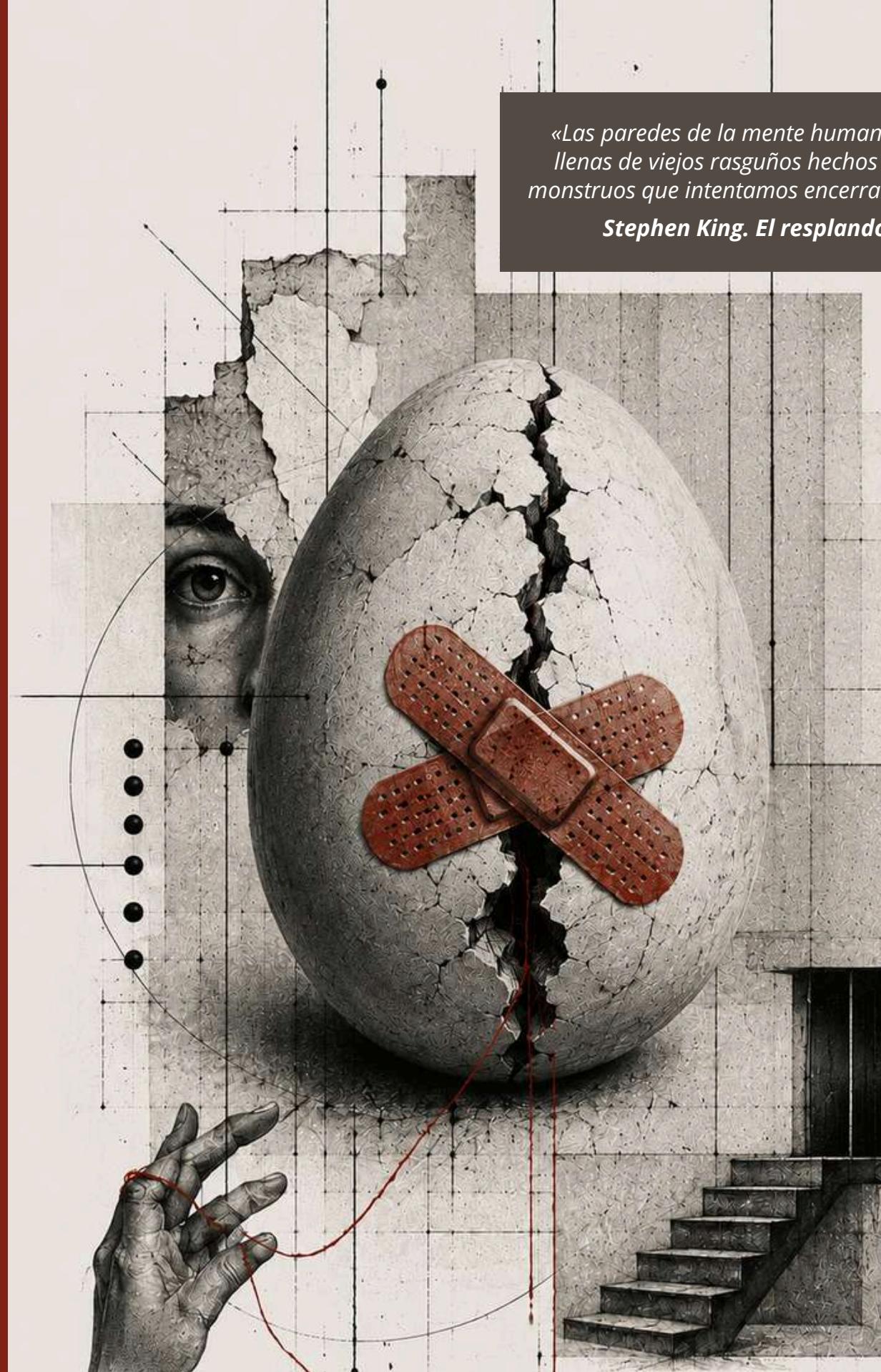
38

RASGUÑOS

- 04 Carlos Vicente
UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXXVII)
- 06 Beatriz Gorjón
HAIKU
- 08 Andrés M. Níguez
LA FOTO. COSIENDO LA HISTORIA
- 10 Carlos San Jorge
CASO ABIERTO
- 12 Patricia Sánchez
A LAS 3:01
- 14 Edwing Vladimir: ESTROFAS VISCERALES
A RAS DEL RASGUÑO. UNA ALEGORÍA DE LA AMISTAD
- 16 VISCERAS INVITADAS: MARIETA MONEDERO
EÑE DE RASGUÑOS
- 18 Pedro Vez Luque
LA OBRA

«Las paredes de la mente humana están llenas de viejos rasguños hechos por los monstruos que intentamos encerrar dentro».

Stephen King. El resplandor.



La vida es volver una y otra vez a desear el abrazo que tu padre muerto no te dio jamás y que dejó en tu alma esa herida leve, pero latente, que no te deja dormir por las noches entre las tres y las tres y un minuto de la madrugada: la hora en que tu padre murió en un burdel de Lisboa, muy al oeste, arrepintiéndose de no haberte dicho jamás que te quería.



UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ

(XXXVII)

CARLOS VICENTE

Siempre quise escribir una obra de teatro, pero nunca lo haré, sobre un pistolero del lejano oeste que se enamorara de una prostituta en un pueblo llamado Calamity Wood. Comenzaría con un gran tiroteo en el saloon en el que habría una gran masacre. Sería algo así como...

Un saloon del oeste con sus puertas abatibles, su pianista, su camarero con un Winchester detrás de la barra, sus escupideras y sus escaleras que conducen a las habitaciones donde ejercen la prostitución las chicas de vida alegre. Hay partidas de póker, ganaderos malvados haciendo negocios y borrachines. Todo comienza con una gran pelea.

Harry «El niño»: ¡No vuelvas a decir eso de Mary!

Pianista: Pero si es verdad.

Jugador de Póker: Yo también estuve con ella, Harry. Hemos estado muchos.

Coro del saloon: ¡Oh, no!

Harry «El niño»: No te permito que hables así de una dama.

Pianista: Dama, dama...

Jugador de Póker: De alta cuna, de baja cama...

Harry «El niño»: ¡Retira eso ahora mismo!

Coro del saloon: ¡Retíralo! ¡Retíralo!

Pianista: No lo voy a retirar. ¿Y sabes por qué no voy a hacerlo!

Harry «El niño»: ¿Por qué!

Pianista: Porque soy el pianista y en el lejano oeste nadie dispara al pianista. Porque soy el que pone la diversión y porque Mary me ama más que a ti.

Coro del saloon: Le ama más que a ti.

Jugador de Póker: En realidad, nos ama a todos más que a ti.

Harry «El niño»: Eso no me lo decís en la calle. ¿Y sabéis por qué?

Pianista: ¿Por qué?

Jugador de Póker: ¿Por qué?

Coro del saloon: ¿Por qué?

Harry «El niño»: Porque soy Harry «El niño» y os voy a matar aquí mismo.

Coro del saloon: Tiene razón, porque es Harry «El niño» y nos va a matar aquí mismo.

Pianista: Pero vas a destrozar el saloon y la gente del pueblo y los vaqueros no podrán emborracharse e insultarse.

Jugador de Póker: Y vas a matar al coro, que es lo más gracioso de este inmundo lugar.

Coro del saloon: ¿Al coro? ¿Cómo que al coro? Si somos los más graciosos de este inmundo lugar.

En ese momento, Harry desenfunda y dispara matando a un borrachín y a un malvado ganadero que baja de disfrutar de los servicios de Mary. Y así seguiría hasta matar a todo ese inmundo pueblo. Eso sí, el pianista no sufriría al final ni un solo rasguño.



HAIKU

BEATRIZ GORJÓN

Lluvias de mayo
rasguños en el cielo
vuelan paraguas.

Suena cada noche. Exactamente a las 3:01.

Se ha acostumbrado, pero sigue despertándose a pesar de todo. A veces le desespera, especialmente en esas madrugadas, cada vez más escasas y espaciadas, en las que comparte la cama con alguien más. Nunca la misma persona, nunca más de una noche. Es la norma. No le gusta dar explicaciones, inventar excusas. Son las tuberías, los vecinos... ¿Ratones? Esta última la usa cuando no le apetece que quien sea se quede hasta que amanezca, aunque no siempre funciona. Él mismo buscó amparo en esos razonamientos y alguno más hasta que descubrió el verdadero motivo, el origen del ruido, de ese leve rasguño en el silencio de la noche. Como si alguien arrastrara su uña del otro lado de la pared.

Cada noche. A las 3:01.

Las tuberías. Los vecinos. Ratones. ¿La dilatación de los materiales de construcción? La mayoría de las veces es breve y podría decirse que apenas se percibe, a menos que, como él, lo esperes. Qué cansado es vivir continuamente en estado de alerta. Pero hay ocasiones en las que se ensaña, se queja, se recrea hasta provocarle dentera. Entonces lo sabe. Después de tanto tiempo ha aprendido a interpretar las señales.

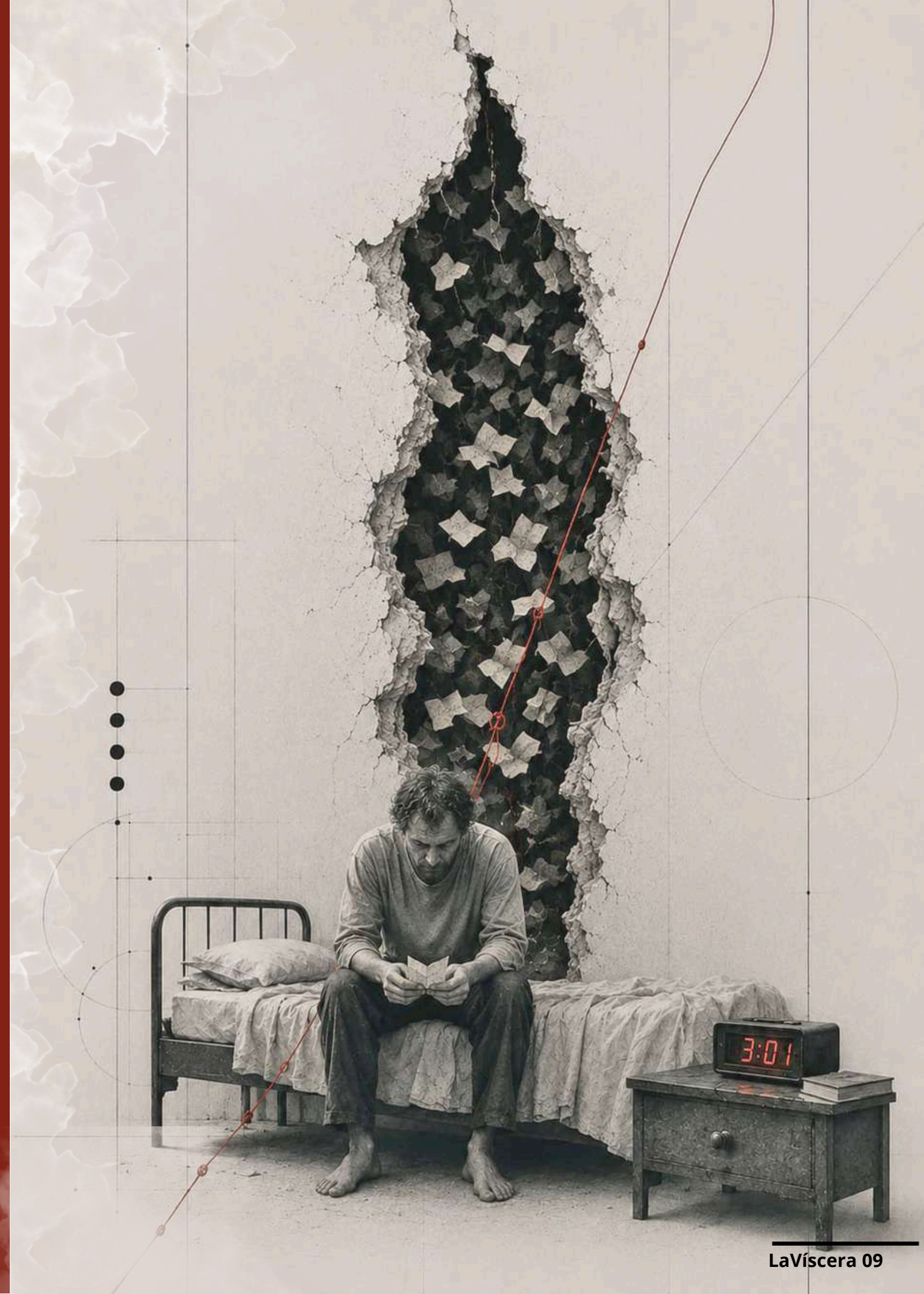
A las 3:01.

Coge un bolígrafo y un trozo de papel. Y escribe. Un nombre. Dos a veces. Al lado, el método que utilizaría para hacerle desaparecer. La asfixia, un corte limpio en la yugular, un tiro a bocajarro... Apenas tres o cuatro palabras, no es demasiado descriptivo ni se deja llevar por el entusiasmo. Dobla el papel en cuatro partes, retira el ladrillo suelto y lo deja caer dentro de la pared. Alimenta al monstruo, que vuelve al rasguño leve durante una temporada. Las tuberías. Los vecinos. Ratones. La dilatación de los materiales de construcción. ¿Los cambios de estación?

Suena cada noche.

Exactamente a las 3:01.

A LAS 3:01 PATRICIA SÁNCHEZ



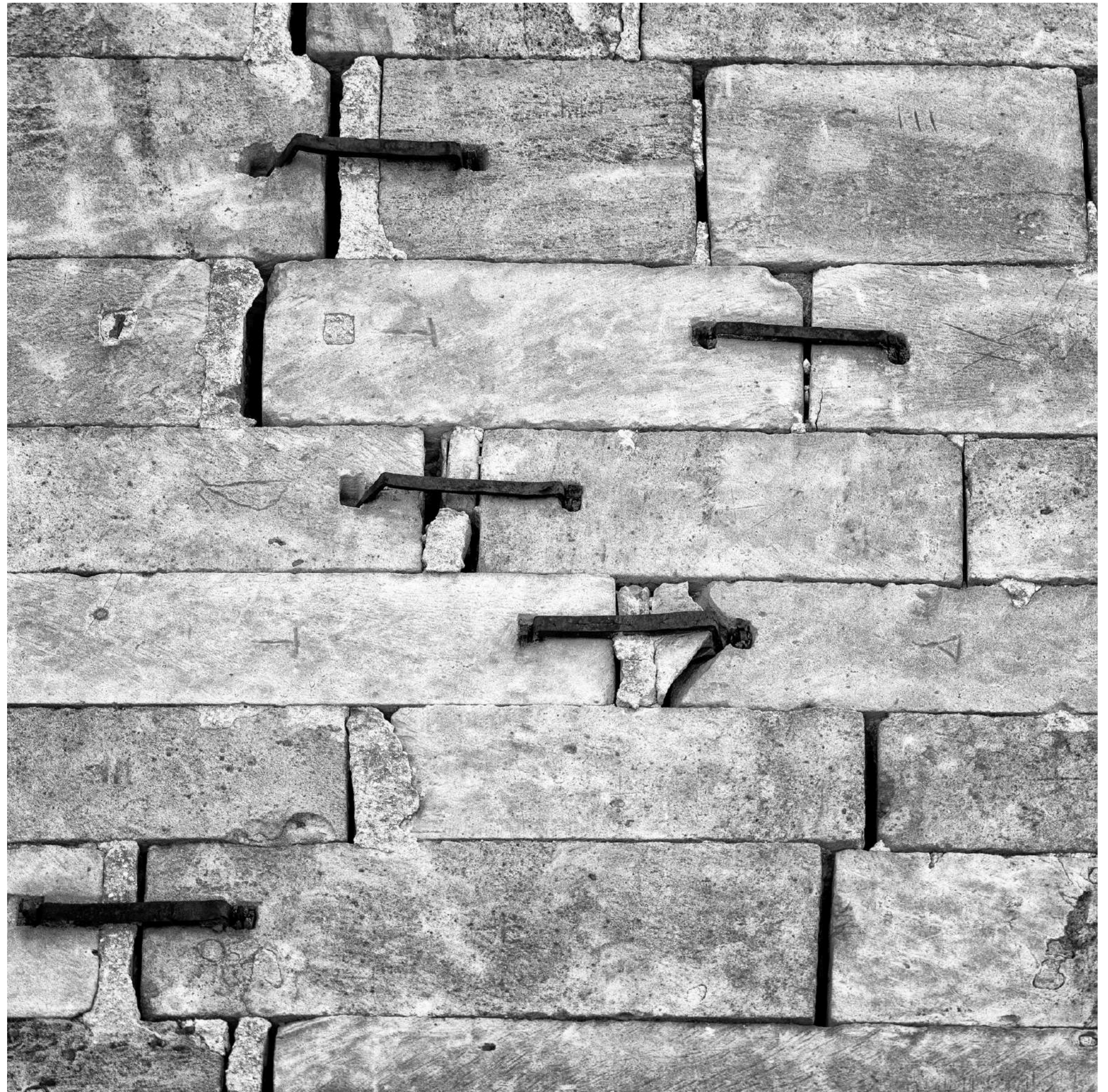
LA FOTO

de ANDRÉS M. NÍGUEZ
para RASGUÑOS

COSIENDO LA HISTORIA

Los rasguños en la piedra parecen signos de un antiguo conjuro: heridas que aún murmuran en la quietud del muro, como si algo oculto siguiera respirando detrás de la roca.

En esas marcas vibra una memoria que no se apaga, un rastro de sombras que rozaron la superficie y dejaron grabado el eco de un rito que todavía despierta en la piedra.



Hay dos tipos de personas en el mundo, las que ven un rasguño en la pared y piensan «tengo que pintar» y las que lo ven y piensan «esto no estaba ayer...». Yo, por desgracia, pertenezco al segundo grupo, que es menos práctico, pero bastante más entretenido, al menos hasta que se apaga la luz. El problema de los rasguños no es el daño material, un rasguño en una puerta no arruina la vida de nadie. No es como perder las llaves o descubrir que el wifi se ha caído en mitad de una serie en cualquiera de las plataformas. No. El problema real es lo que implican. Porque un rasguño, cuando uno no recuerda haberlo hecho, es una pregunta abierta. Y las preguntas abiertas, a ciertas horas de la noche, son peligrosísimas.

Imagina que llegas a casa, dejas las llaves en su sitio, ese colgador tan exageradamente feo que alguien te regaló tras un viaje a Guatemala, pero que te ves con la obligación de poner porque quien te lo trajo fue tu mejor amigo de la infancia. Y al cerrar la puerta, ves unas marcas en la madera. Finas, irregulares, como si alguien hubiera decidido practicar caligrafía agresiva con una garra. Tu primera reacción es lógica: «Esto será de antes». Tu segunda reacción también: «¿Desde cuándo está ahí? ¿Por qué no me he fijado antes?». Y ahí empieza todo un trabajo de detectives, como si yo fuera el personaje de una serie de esas que tanto me gustan.

Porque el hogar, ese concepto tan bonito que venden en los anuncios con luz cálida y gente que sonrío mientras corta verduras, tiene una norma no escrita. Nada debería cambiar sin tu permiso y más si llevas décadas viviendo solo. Tú decides dónde va el sofá, cuándo se limpia el baño y cuántas tazas de café son demasiadas. Pero un rasguño que aparece sin previo aviso rompe ese contrato. Es como si la casa hubiera tomado una decisión por su cuenta.

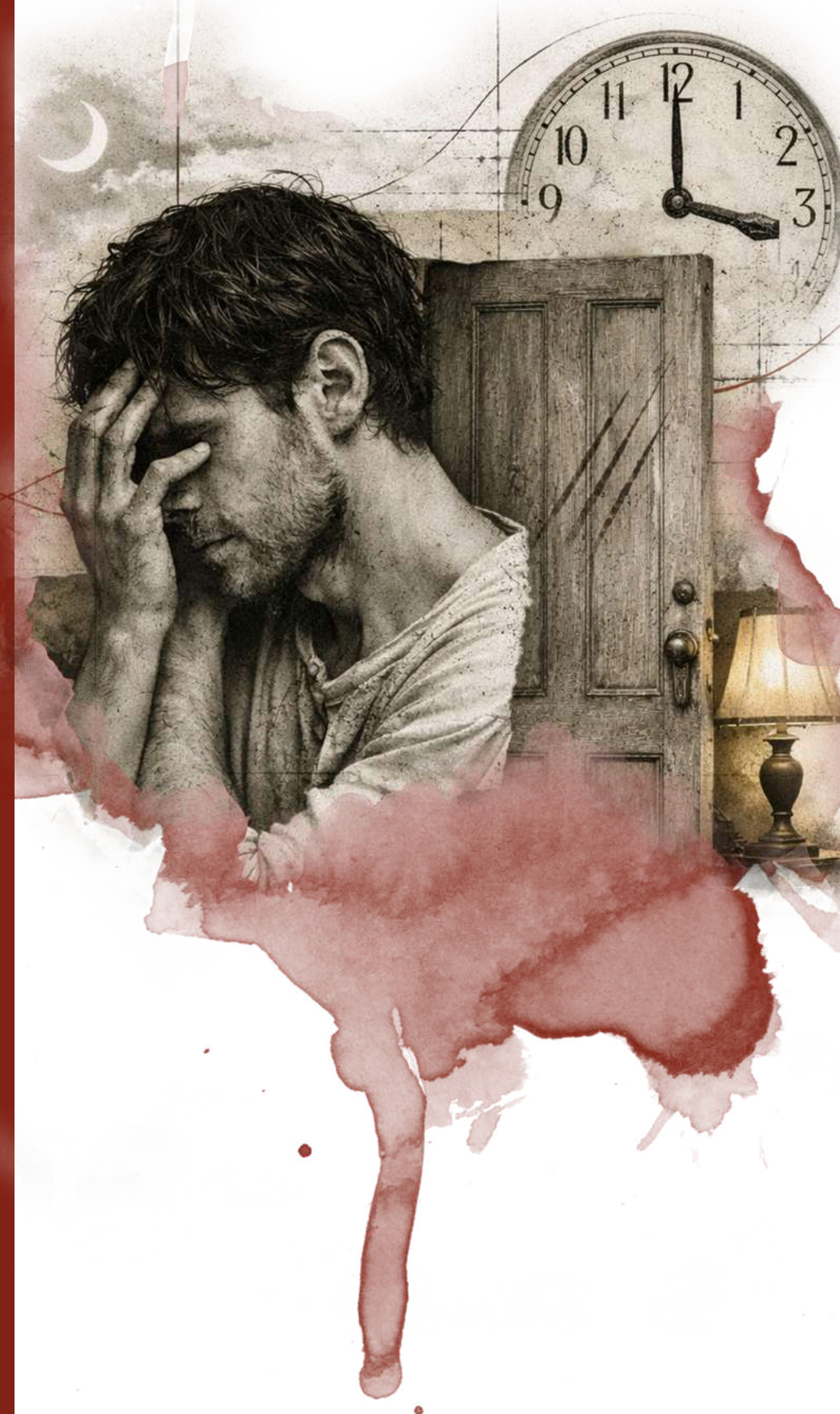
Y, claro, uno intenta ser racional. «Será el gato», piensas, aunque luego te das cuenta de que no tienes gato. Eso, sin duda, es una coartada perfecta. Sigamos investigando... «Será la madera que se ha movido», dices, aunque la madera no tenga costumbre de moverse con tanta mala leche. Mierda, esto se pone difícil. Incluso puedes culparte a ti mismo, «Igual fui yo». Pero esa opción dura poco porque implica aceptar que vas por la vida arañando puertas sin darte cuenta. «Anoche vi un partido de fútbol en un bar y reconozco que llegué borracho, señoría», me digo a modo de excusa, pero tampoco estaba tan ebrio, me hubiera acordado.

Lo peor no es el rasguño en sí, sino su capacidad para multiplicarse en tu cabeza. Y no sólo en la puerta donde apareció la prueba del delito, sino en cualquier parte de la casa. De repente, cualquier ruido adquiere un nuevo significado. Un pequeño crac que antes ignorabas ahora es claramente el inicio de algo. Ese silencio absoluto ya no es tranquilidad, es expectativa. Y tú, que sólo querías cenar algo rápido y ver tu serie, te encuentras inspeccionando tu propia casa como si fueras un detective de lo absurdo. Habrá alguna marca más por ahí y no lo sé. Al final, uno aprende a convivir con los rasguños. No porque los entienda, sino porque no queda otra. Los miras de reojo, como quien saluda a un vecino raro en el ascensor sin ganas de iniciar conversación. Y sigues con tu vida, intentando no pensar demasiado en quién o qué decidió dejar su firma en tu puerta.

Eso sí, por si acaso, empiezas a dormir con la luz del pasillo encendida y a dejar cámaras ocultas por todas partes. No soluciona nada, pero, oye, da sensación de control. Y a estas alturas, cualquier ilusión sirve.

El caso sigue abierto, al menos de momento.

CASO ABIERTO CARLOS SAN JORGE





A veces la cuerda floja
no da miedo,
aunque angustie la altura y
conozcamos la dureza del suelo;
la conocemos, sí,
de sobra la conocemos.
Hay veces que uno no,
pero sí con ellos.
A base de empeños, rasguños,
vestimos con sueños
dolores profundos, moretes
y miedos.
Puede que yo a veces no,
pero sí con ellos.
El pie sobre el cable,
que le jodan a la caída.
Ya abrimos las heridas y
brotaron alas.
Llegaron abrazos donde
faltaron palabras y
fuimos superhombres de cristal
caminando sobre la nada.
La nada ante los nadie,
bonito baile.
Otro paso sobre el cable.
¿Caigo? Tal vez,
disfruto la liberación
de sentirme vulnerable
con ellos a mi lado.

ESTROFAS VISCERALES

EDWING VLADIMIR

A RAS DEL RASGUÑO UNA ALEGORÍA DE LA AMISTAD

MARIETA MONEDERO

VÍSCERAS INVITADAS



EÑE DE RASGUÑOS

Nos robaron el sueño, la saña, la entraña:
la eÑe de niña, de aliño y cabaña.

Nos robaron los viernes, la venus, la selva:
la uVe de vuelo, de verso y de sexo.

Nos robaron la zarza, el azúcar, la azada:
la Zeta de abrazo, de moza y hogaza.

Ya sólo se oyen las eRRes de guerra,
de ruido y redobles,
de puertas cerradas.

La historia se enreda, se ensaña,
se pierde por bosques sin dueño,
se enmaraña, se extraña,
se vuelve marchita, huraña, cizaña...

Rasguños de muerte
en la piel del mañana.



LA OBRA

de PEDRO VEZ LUQUE
para RASGUÑOS

vez luque
2026



LA
VISCERA
magazine